

Manuel Jabois

Nos Una historia real
de traición y violencia
vemos
en esta
vida o
en la
otra

Manuel Jabois

Nos vemos en esta
vida o en la otra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño,
Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía del autor: © Miguel Selas

© Manuel Jabois Sueiro, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2016
Depósito legal: B. 2.716-2016
ISBN: 978-84-08-14751-0
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Cayfosa
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

UNO

Una mañana de septiembre de 2003 un repartidor de pollos asados aparcó su moto frente al número 10 de la Travesía de la Vidriera, en Avilés, Asturias. Era un motorista de la empresa Artesa, comidas a domicilio. Tenía veinte años y medía alrededor de 1,75. Un chaval flaquito que se movía como un bailarín de *break-dance*. Llevaba vaqueros, una camiseta blanca de manga corta y un casco calimero.

En el portal estaba la pandilla del barrio del Arbolón, unos críos que pasaban el día fumando porros en un muro pegado al garaje, donde veían entrar y salir coches. En aquella época el vecino del primero se asomaba a la ventana, olfateaba el hachís y pegaba gritos diciendo que iba a llamar a la Policía. Se terminó cansando.

El repartidor, que conocía a algunos chicos de cruzárselos en los bares, se paró un momento con ellos. Les dijo que estaba en medio de un reparto y

que subía a «pillar unos porros». Los pasaba un vecino del quinto. «Pues nada, tira.»

El barrio del Arbolón, una zona deprimida de la ciudad, tuvo durante décadas el honor de acoger el árbol más grande de Avilés, un olmo gigantesco de cerca de treinta metros al que hirió de muerte un temporal. El periodista Borja Pino, de *El Comercio*, recuerda que se levantaba «erguido y majestuoso» en el cruce de las calles Gutiérrez Herrero, Llano Ponte y la avenida de Gijón. El olmo resistió a la Guerra Civil y la dictadura. Cayó a pedazos en 1973 cerca de donde iba a caer, talado por una paliza, el repartidor de pollos.

Mientras el joven estaba arriba comprando hachís, la pandilla tuvo una idea. Un par de chicos fueron hacia la moto, abrieron el cajetín de comida y sacaron lo que había: un pollo asado y un sándwich calientes. Metieron las bolsas debajo de un coche aparcado y se pusieron a esperar. El repartidor bajó, se despidió de ellos rápidamente («llego tarde»), se colocó el calimero en la cabeza y arrancó la moto.

Minutos después, un Mercedes 500 negro aparcó en la misma calle, subiéndose a la acera. Del coche se bajó un joven nervioso de veintisiete años, aproximadamente 1,80 metros de altura y vestido con vaqueros y camisa por dentro, de una elegancia «dominguera», según Gabriel Montoya Vidal, *Baby*. Raro

porque, según la novia del conductor del Mercedes, Carmen Toro, «no se viste nunca, es muy dejado, no se arregla, es muy gitano y viste muy mal. Si no estás encima de él, riñendo, no se arregla nada». Sin embargo, Rubén Iglesias, un amigo suyo, decía que solía ir bien vestido, hasta con corbata: «Yo lo llamaba Titto Bluni porque iba siempre muy elegante».

Tenía el pelo castaño, los ojos oscuros, las pieles blancas y sudadas, y una mirada entre socarrona e ida. Saludó a la pandilla y se puso de cháchara con ella.

Los chavales lo conocían de aquí y de allá, como se conoce a la gente en el ambiente de la calle y los bares. De alguna manera le tenían respeto y temor. Baby recuerda que, en ciudades pequeñas, encontrarse a alguien habitualmente termina desembocando en un saludo formal; las copas hacen el resto. El joven se llamaba Emilio Suárez Trashorras, aunque en Avilés todos lo llamaban el Minero. Baby llevaba un tiempo escuchando hablar de él. En ese momento pensó que por fin lo tenía delante, y que le sonaba de verlo alguna vez porque estaba seguro de que eran vecinos.

A los pocos minutos llegó disparada de vuelta la moto de Artesa, comidas a domicilio. Alguien en Avilés se había quedado sin comer. El repartidor se bajó y se dirigió a Emilio como un poseso. No reparó en que el Minero no estaba cuando él arrancó la moto.

—¿Fuiste tú el que me robó el pollo?

Era todo demasiado prosaico. Hasta para Emilio. No fue casual que el repartidor le preguntase a él, pues era todo un personaje en Avilés. Tampoco que Emilio contestase con ironía que sí, dando a entender que un traficante de drogas, de coches y de dinamita como él había planificado el robo de un pollo asado y un sándwich. Con tanto detalle que había alquilado un piso durante meses y montado un punto de venta de hachís para atraer al repartidor y así, al alejarlo de su moto, hacerse con el botín.

Emilio fue hacia el repartidor y le dio un puñetazo en la cara con el que lo tiró al suelo. Fue un golpe inesperado que hizo que el casco calimero rodase por el suelo. Le pegó uno más en el otro lado de la cara. Y luego se abalanzó sobre él. Dice Baby que fue «una ensalada de hostias», que le rompió la camiseta y que le dio varios puñetazos en el rostro y patadas mientras estaba tirado en la acera hasta que el repartidor pudo salir corriendo.

Los chavales de la pandilla contemplaron la paliza atónitos. Tras terminar, Emilio fumó un porro más con ellos, se subió al Mercedes 500 y desapareció. Uno de los chicos cogió a la carrera el pollo asado y el sándwich, puestos en la carretera, y los metió de nuevo en el cajetín de la moto.

El repartidor regresó acompañado de la Policía con la cara hinchada y llorosa. Los agentes preguntaron a los del Arbolón si conocían al autor de los gol-

pes. Todos dijeron que no sabían quién había sido, que no lo habían visto nunca. El repartidor, por su parte, sólo quería recuperar la moto. No se dio parte, ni hubo denuncia, y el chico de las comidas a domicilio desapareció del barrio.

La somanta había impactado a todos. Aquel método era la forma que Emilio tenía para impresionar a los más jóvenes y hacerse respetar entre iguales. Baby supo semanas después, cuando le vio sacar la pistola y liarse a tiros con unos camellos a veinte metros de la comisaría de Avilés, que la actitud del Minero era la propia de un intocable.

Baby tenía quince años, era un chico de piel oscura y muy delgado, con un ojo caído que le daba aspecto de chaval peligroso. Llevaba siempre encima Ventolín, pues era asmático; en muchas ocasiones tenía que parar, coger resuello y echar mano de él. Pocos años antes los médicos le habían abierto el cuello para extraerle una fístula de la que le salía pus a la garganta; dos cicatrices pequeñas debajo de la barbilla recuerdan la operación.

Dice que se quedó asombrado por aquella mirada medio ida de Emilio, turbia, en cuanto se disponía a atacar a alguien. Baby dice que nunca vio pegar a nadie así. Parecía querer matarlo. Antes de ir a por él, como si tuviese que despachar un rito, se mordió

brevemente las uñas. Cuando estaba nervioso, Emilio siempre se mordía las uñas.

Baby hace memoria. La primera vez que le dirigió la palabra a Emilio fue tras la paliza al reparador:

—Joder, fiero, menudas hostias le has dado —le dijo.

Uno de los amigos con los que estaba Baby aquel día era Iván Granados, de veintiún años. Un chico de gesto aturdido, mirada mansa y buena. Las cejas espesas, oscuras y juntas. Tenía una gordura de san bernardo y le solían llamar Piraña. Baby lo conocía del colegio público Marcelo Gago, aunque Piraña iba algunos cursos adelantado. Volvieron a encontrarse en el barrio, porque Piraña vivía en la Travesía de la Vidriera, como Baby y como Emilio. Los dos tenían algo en común: ni Piraña ni Baby habían acabado el colegio. Baby había trabajado como albañil en obras aisladas. Piraña lo había hecho en un taller de coches, en un concesionario, como fontanero y como peón en empresas de montajes y de la construcción. En aquella época se encontraba trabajando en un servicio de limpieza.

Emilio Suárez Trashorras había reclutado, con una exhibición de fuerza, a dos integrantes de lo que el periodista de *El País* Pablo Ordaz llamaría después «los chicos de Trashorras, la clase de tropa, su fiel infantería». Uno de ellos, Piraña, le dijo «no» en el

momento decisivo; otro, Baby, se convirtió en su mejor amigo.

Baby y Emilio empezaron a encontrarse más. O probablemente, dice Baby, a ser conscientes de que se cruzaban más, que es otra consecuencia de las ciudades pequeñas. Quizás lo que había ocurrido, piensa Baby ahora, es que no habían reparado tanto el uno en el otro.

Su segundo encuentro tuvo lugar una tarde en la que Baby y Piraña estaban solos en el muro del portal de siempre. Desde allí vieron cómo el Mercedes 500 paró en mitad de la carretera. Emilio bajó la ventanilla y los invitó a subir.

Los dos se montaron en el coche negro de Emilio. Piraña ocupó el asiento del copiloto y Baby se sentó atrás. Emilio condujo por Avilés; a Emilio y a Baby les encantaba conducir. Baby no recuerda de qué hablaron. Siempre era de lo mismo, como en el portal. De cómo estaban las cosas, de los porros, de la gente de Avilés. Las horas muertas en la Travesía de la Vidriera también se llenaban de la misma forma: vaciles, una trastada, conversaciones sobre la calidad del costo, la fiesta del fin de semana, alguna paliza, una chica. Emilio, dice Baby, fanfarro-neaba.

Pararon en el bar Anticuario, un antiguo local

que estaba frente a la ría de Avilés. Baby y Emilio pidieron dos coca-colas; Iván Granados, un café. Emilio conocía a las dos camareras, unas chicas panameñas. Vaciló con ellas y dio a entender que él controlaba, que conocía a mucha gente. Sacó varios nombres importantes de la noche de Avilés, tuvo un par de conversaciones anodinas con Baby y Piraña y al terminar los refrescos se subieron de nuevo al coche y los dejó en el portal.

Allí, en el número 10, si uno da tres pasos atrás observa un edificio que termina con un ataque de arquitecto, como si le hubiese puesto una guinda a la tarta en forma de saliente. Esta mole de viviendas sociales es una especie de heredera del brutalismo inglés, un intento de adaptación de este movimiento al ladrillo ibérico.

Baby recuerda aquellas despedidas en el punto de reunión de la pandilla. Un último porro y una última tontería con la que subir riendo a casa. Aquella noche hizo lo mismo con Piraña. Baby se dio cuenta con los días de que su nuevo amigo no terminaba de encajar en la nueva relación con Emilio. Baby cree que Piraña empezaba a ver a muchos de los que tenía a su alrededor sin frenos. A Piraña le gustaban las putas, le gustaba la cocaína, le gustaba fumar porros. Piraña no entendía que aquello tenía un precio, y que en gente sin estudios como ellos, ni empleo, o empleo precario, el precio era ponerse al margen de la ley. Cruzar una frontera, tam-

poco mucho; pisar la raya un poco. Baby dice que sospechó que él mismo no sabía dónde tenía el límite a la hora de cruzar la raya. Si se hacían amigos de Emilio, lo serían de un delincuente, de uno de los más importantes de Avilés.

Piraña debió de intuir la clase de relación que le esperaba, porque empezó a salirse. Ya conocía a Emilio; habían dado el uno con el otro un año antes porque Emilio, según dijo, había intentado comprarle un Ferrari al hermano de Piraña. Ese hermano de Iván Granados tenía un negocio de compraventa de coches de importación, varios clubes de alterne y un garaje en la avenida de Alemania, número 45, al que acudían a lavar sus vehículos numerosos agentes de Policía.

Pero no sería hasta otoño de 2003 cuando la relación de Piraña con Emilio se estrechó. A Piraña no le importaba estar con él los fines de semana. Los fines de semana había drogas y chicas, y eran necesarios los amigos; si estaba Emilio, invitaba a todo el mundo. A Piraña le gustaba que Emilio lo invitase a cocaína. Piraña solía pillarle a una gitana, Loli, pero sólo para consumir el sábado y el domingo; algún día entre semana, «rara vez». Los días laborales Piraña no quería saber mucho de ellos. Se veían a veces, pero se situó fuera de la dinámica diaria de Baby y Emilio.

De vez en cuando aconsejaba a Baby y trataba de remediar su deriva. Otras veces era él el que acababa seducido por ellos.

Años después del primer día en que Baby y él se subieron al coche de Emilio, Piraña escuchará a un abogado, el suyo, decir de él a toda España que era un «gregario», por lo que había transitado «por la calle de la amargura». «Le cuesta decidir y decir lo que piensa», dirá este hombre señalándole a él. Y luego la expresión que siempre le ha perseguido en casa, y más tarde en todo el país: «Malas compañías». También se escuchará a sí mismo decir que era consumidor de cocaína «de fin de semana», de unas «dos o tres rayas». Para alguien como Piraña aquello iba a invadir su timidez de una forma tan insostenible que el único desagravio posible era la absolución.

Cuando Emilio volvió a pasar por el portal de Travesía de la Vidriera, Baby ya no estaba con Piraña, sino con Edu, un vecino suyo que vivía en el tercero. Fue pocos días después de tomar las coca-colas en el Anticuario. Emilio paseaba a su perro, un bichón maltés blanco. Empezó a hacerse de noche de pronto, se acercaba el invierno. Emilio estaba de buen humor. Los vio y se le alegró la cara. No habían cruzado entre los tres más de unas palabras cuando Emilio, exultante, dijo que había que «celebrar» aquel encuentro. Los chicos se encogieron de hombros. Estaban en su portal de siempre, liando porros; Emilio vivía al lado.

—Os invito a unos tiros —dijo Emilio.

Baby volvió a encogerse de hombros y asintió, Edu no hizo ningún gesto. Baby llevaba toda su vida encogiéndose de hombros. La primera raya la tomó con trece años en el colegio. No de cocaína, sino de speed. Uno de los alumnos tenía una bolsa en el bolsillo y le preguntó a Baby si quería meterse. Baby se encogió de hombros y dijo que vale. Era la hora del recreo en el Marcelo Gago. El colegio lleva el nombre de un ilustre maestro pionero en la enseñanza de la Educación Física en Avilés. Baby y su compañero se escondieron en un rincón del patio y esnifaron dos rayas de speed. Baby dice que estaba eufórico, que se sintió feliz. Al terminar el recreo se metió en su clase como si nada, aunque acabó saliendo para irse a la calle. Cuatro paredes, dice, eran demasiado para un chico colocado por primera vez.

Después de eso su relación con la droga no fue más allá. Ni siquiera fumaba porros, aunque de vez en cuando chupaba de alguno. La tarde en que Emilio se apareció con un bichón maltés iba a probar la cocaína. Dice que no le dio más vueltas, que hacía las cosas porque sí y sin pararse mucho. No reparaba nunca en su edad, porque al estar siempre con mayores terminaba mimetizándose con ellos.

Emilio les pidió que lo acompañasen a su garaje, situado detrás de la calle, y Baby y Edu obedecieron. Allí, además de varios vehículos propiedad de Emi-

lio, había un trastero. Y en el trastero una enorme bolsa llena de cocaína.

Al llegar, Emilio hizo algo que Baby vería después hacer decenas de veces. Sacó una tabla de madera lisa y la puso sobre el asiento de una Scooter Aprilia que tenía allí dentro. Abrió el bolsón y fue sacando droga con una navaja. Hizo tres rayas enormes sobre la madera. Edu no consumía drogas y prefirió no empezar. Baby sí lo hizo, en dos tiempos, dice, porque la línea que había hecho Emilio era «grandísima». Emilio esnifó la suya. Cuando escuchó a Edu decir que él no quería la raya, Emilio se la metió también. Las «zampó», dice Baby, en un abrir y cerrar de ojos. Y en cuanto acabaron de metérselas, los despidió.

Los tres salieron a la calle. Emilio dijo que subía para su casa, que el perro ya estaba paseado, y Baby se volvió con Edu al portal. De camino, el adolescente le fue contando a su amigo sus impresiones. La cocaína le había puesto «en el cielo», se encontraba «mejor que nunca».

Fumaron un porro de despedida en el portal y Baby subió a su casa. No recuerda qué estaban haciendo su madre y sus hermanas; él se metió en su cuarto, donde tenía tele y consola, y se echó en cama. Primero intentó dormir. Le resultó imposible, así que se puso a fumar compulsivamente mientras veía la televisión y jugaba partidas al Driver en la PlaySta-

tion. El videojuego va de un detective de la Policía de Nueva York que se intenta infiltrar en una banda mafiosa debido a sus habilidades de conducción, las mismas que había desarrollado Baby a los trece años.

La noche duró mucho. Tuvo el corazón «a cien», le latía desbocado, y cuando se aburrió de ver la tele y de jugar hizo algo que haría habitualmente los meses siguientes: «comer techo», en el argot de los cocainómanos. O sea, tratar de dormirse sin éxito.

Un par de semanas después tuvo lugar su primera mala experiencia con la coca. Sucedió cuando ya estaba metido en la rutina diaria de consumo con Emilio. Aquel día el móvil de Baby sonó muy temprano: era su nuevo amigo. Emilio estaba en casa solo y quería compañía, quería «charlar». Baby fue hacia allí, y Emilio le preparó en la mesa del salón una raya de coca. Eran las ocho de la mañana. El adolescente no había desayunado y en cuanto se metió la cocaína empezó a sentirse mal. Se puso pálido, rompió a sudar y se mareó: fue a dar con la cabeza contra el marco de la puerta y vomitó. Tuvo que tumbarse en el sofá boca arriba durante un par de horas.